

ELEGÍA IV.

EL RETRATO.

¡Si es él, Amor! ¡qué trémula la mano
Rompe el último neta! me lo anuncia
Con zozobra feliz saltando el pecho.
No, no puedo dudarlo: el importuno
Velo cayó: tu celestial imagen,
Tu suspirado don... mi amante boca
Con mil ardientes besos, mi llagado,
Mi triste corazón con mil suspiros,
Ambos á par lo adoren, y el tributo
Primero denle de mi tierno pecho.
¡Milagro del pincel, amable copia
Del más amable objeto! ciego torno
A besarte otra vez; ojos, gozadla;
Sáciate, corazón... no estás ausente.
Ingenioso su amor buscarte supo,
Supo templar de su cruel imperio
El áspero rigor, y fino hallarte.
De tu ternura celestial, oh amada,
Oh mitad de mi vida, tal milagro
De cariño esperaba mi deseo;
Llegó, y puedo contigo consolarme,
En mi inmenso penar gemir contigo,
Y en tu seno lanzar la ardiente vena
De lágrimas que inundan mis mejillas
En tan mortal insoportable ausencia.
Sí, amada, ya te tengo: ya en mi pecho
Fino te estrecharé; mis tristes ojos
Te ven, el fuego de los tuyos sienten,
Y mis manos te tocan, y mis labios
Pueden saciarse de oprimirte finos,
Y mis suspiros animarte, y toda
Inundarte en mis lágrimas ardientes.
Las sientes, ¡y no lloras! ¡a mis ayes
Dolientes, ¡ay! los tuyos no responden,
Y á mis quejas y miseros gemidos!
A ti me vuelvo desolado, te hablo,
¡Y muda está tu cariñosa lengua!
Clori, Clori, mi bien... ¡Loco deseo!
¡Fantástica ilusión!... A sombras vanas,
A un mentido color prestar quera
La vida, el fuego, la expresión, las sales
Que al prototipo celestial animan.
¡Oh, cómo, cómo en este punto siento
De mi suerte el horror, el hondo abismo,
Do sepultado y sin consuelo lloro!
¡Ausencia! ¡ausencia! arráncame la vida;
No de ilusión en ilusión me lleves;
Un breve plazo tus dolores templas,
Y tornas luego, y más cruel divides
En partes mil mi lastimado pecho.
¡Ay! un instante en mi ilusión creía,
Mirando absorto el celestial trasunto,
Que mis ternezas, mis sentidos ayes
Halagüena escuchabas; que tus labios
Se desplegaban en amable risa;
Que al esplendor del animado fuego
En que tus ojos agraciados lucen,
La llama se alentaba de los míos;
Y que amor coloraba tus mejillas,
Dulce señuelo á mi sedienta boca;
O el elástico seno conturbaba
En grata ondulación... Me precipito
Frenético en mi error... Clori, tu imagen
Helada me recibe; no, no siento
Así cual tú... el encanto lisonjero
Se desvanece, y á una sombra abrazo,
Muda y sin alma, y una sombra oprimo,
Y una sombra acaricio, y mil finezas
Loco le digo, y que responda anhelo.
¡Ay! eres tú, adorada, ¡y callas tibia,
Y á mi llanto tus lágrimas no corren!
¡Por qué insensible á mis cariños eres,
Y eres de nieve al fuego en que me abraso!
¡Por qué en los ojos la inquietud graciosa,
El vivaz sentimiento, la ternura,
El delicioso hechizo hallar no puedo,
Que en los tuyos de amores me embriagan!
Háblame, idolatrada, ó no me burles,
Cual si á abrir fueras cariñosa el labio;

O en su mirar donoso tus pupilas
Se animen, ó falaces no remedes
Otras, do Amor su trono soberano
Sentó, y se gozan las sencillas Gracias.
No tu nevado torneado cuello
Inmóvil yazca; vuélvase y recline
En mi seno amoroso esa cabeza
Que enhiesto apoya, y gócame dichoso
Cual veces tantas en su dulce peso.
Sienta tu pecho; á la ternura se abra;
Abrase al blando amor, y arda y palpita,
Y en plácida efusión al pecho mio
Haga correr el celestial encanto
De su angélica llama, de los puros
Afectos más que humanos que en sí abriga;
O el lácteo pecho de mi bien no mienta,
Do todo es suave amor, dulzura todo,
Sencillez tierna y cariñosas ansias,
Placer, transportes, éxtasis, delicias.
No la alba mano el abanico agite
En juego inútil, ó mi dócil cuello
En torno ciña en lazo venturoso;
Indisoluble lazo en que añudará
Nuestras almas el cielo para siempre;
O cual un tiempo cariñosa oprima
Mi palpitante corazón, y sienta
El fuego asolador que le consume.
¡Ah mano! ¡hermosa mano! el pincel rudo
Trasladar quiso en vano tus contornos,
Tu gracia, tu candor... De mármol era
Si viéndola el artista... No, profano;
Mis labios sólo tributarla deben,
En su delirio idolátradas, el culto
Que le ha votado amor; tu nieve y rosa
La manchan, no la tocan: ¡ay! ¡qué digo!
La menor de sus partes ¡puede acaso
Remedar el pincel? Débil el arte,
¡No cede á empresa tanta y se confunde?
¡Esas cejas sin alma, es esa frente
La tuya, Clori mía! ¡son tus labios
Festivos, purpurantes, halagüenos,
Estos labios helados! ¡las mejillas
Son la leche y carmin en deliciosa
Mezcla deshechos, como tú los llevas
En tus llenas mejillas sonrosadas!
¡Y tu seno y tu tez, y el suave agrado
De tu semblante, y la donosa gracia
De tus razones...! ¡qué violenta hoguera
Circula por mis venas...! ¡qué suspiros
Se exhalan, sin sentirlo, de mi pecho!
¡Cómo agitado el corazón palpita!
Con frenética sed me precipito
Sobre tu imagen muda... Irresistible
La mágica virtud de tu presencia
Me arrastra... desfallecen mis rodillas...
Cubren mil sombras mis llorosos ojos...
Un ardor... un ardor... mi bien, mi gloria,
Clori, amor, vida, esposa, ¡oh si pudiese
Llegar á ti la conmoción que siento,
Y este torrente de delicias puras
En que sin seso en mi ilusión me inundo!
¡Si á ti alcanzasen mis dolientes ansias,
Mis sollozos, mis ayes, los furoros
De mi delirio infausto! ¡si escuchases
La inmensa copia de ternezas que hablo
A tu divina imagen...! Tus mejillas
Y tu frente y tus ojos y tu boca,
Y cuello y pecho, y toda tú abrasada
Al fuego de mis ayes encendidos,
Y en mi llanto inundada te hallarías...
¡Por qué estos cultos á una imagen muda
Se habrán de tributar? Vén, vén, amada,
A recibirlos, vén en los transportes
Del más violento amor; no se profanen
En una helada inanimada sombra;
Vén luego, vén, y unámonos por siempre,
O á mí me deja en tus amantes brazos
Fino volar, y colma mi ventura.
Una palabra, una palabra sola...
Dila, y feliz recibirá los cultos
Que idolátrata tributo á tu retrato.
El entre tanto sobre el pecho mio

Será alivio á mis penas, compañero
De mi destierro, inapreciable joya
De tu firmeza; y suplió ¡ay! en vano
De su divino original la ausencia.

SILVAS.

SILVA PRIMERA.
EL PALOMILLO (1).

¡Ay, cómo el palomillo enamorado,
Del dulce amor tocado,
Corre tras su paloma,
Y con giros amantes la rodea!
Cómo el triste rastrea,
Cómo pára y asoma,
Y en lascivos arrullos susurrante,
Ya la sigue constante,
Ya pára, suspendido,
Ya torna á su quejido,
Ya vuelve á las caricias,
Prometiéndole de amor dulces delicias.
Entre arrullos siaves
Llámalas, y porque tarda, en penas graves
Furioso en torno de ella da mil vueltas,
Las esplendentes plumas desenvueltas
Del cuello luminoso y matizado,
Las blandas alas sueltas,
Los rutilantes ojos encendidos,
Embístela, de amor arrebatao,
Con mil tiernos quejidos.
Mas la paloma esquiva le resiste;
El vuelve, no desiste,
Y amante la rodea,
Arrulla, y con su arrullo la recrea,
Desplegadas las alas la arremete,
La cola barré el suelo,
Da al rededor un vuelo,
Y de nuevo victoria se promete.
Cuando el amor á la paloma tira
Una encendida vira,
Ella el golpe en el pecho siente luego,
Y arde en lascivo fuego,
Que á la garganta suave
Sale en acento grave.
No ya del palomillo se desvia,
Por mucho que él porfia;
Mas se pára y le llama
A que apague aquel fuego;
El corre al dulce ruego,
Ardiendo en igual llama,
Y sin más detenerse,
Por los picos unidos
El tierno corazón quieren beberse,
Y luego, despreñidos,
Gozan con mil caricias
Los gustos del amor y sus delicias.

SILVA II.

EL SUSPIRO.

Fany, Fany, ¡qué es esto? ¡tú suspiras!
¡Tú en quejidos dolientes
Tornas la voz graciosa,
Delicia de mi ser, gozo del suelo!
¡Tú al cielo triste y desolada miras,
Y consternada, misera, llorosa,
En ayes más ardientes
Te vuelves á angustiar! ¡La calma pura
De tu pecho dó está? ¡Quién su ventura,

(1) Esta silva no fué publicada en las obras de MELÉNDEZ.
Se imprime ahora, tomando por original una copia que envió fray
Diego Gonzalez á fray Miguel de Miras, con estas palabras:
«Creo que no dejará de gustar en Sevilla *El Palomillo*, el cual, si
se limara y aseára un poco más, pudiera tal vez competir con *El
Pajarillo*, de Villegas.»

Su grato olvido, su quietud gloriosa
Pudo anublarlos? ¡quién...? Benigno el cielo
Nos ríe idolatrada,
Y en fausta unión dulcísima lazada,
Que apuremos Citeres las delicias
De su imperio nos da. Nuestra fineza,
Nuestro embeleso y votos y caricias,
¡Pueden, Fany, crecer! ¡Más mi ternura
Ser puede? ¡más la llama!
Que mi fiel pecho, que tu pecho inflama!
¡Y suspiras, mi bien! ¡oh, que no sabes
Cuánto al Amor desconocida ofendes!
¡Cuál con un ay me enciendes!
¡Cuál me afliges, cruel! cada suspiro
Loco me vuelve, el corazón me abrasa;
Cada mirada el alma me traspasa,
Y en cada ¡ay! tuyo fenecer me miro.
Sí, Fany, sí; que el aura deliciosa,
Afable, tierna, plácida, que un día
Entre aromas y néctares siaves
Tu apasionado seno despedía,
Y mi boca tal vez robó dichosa
Los suspiros ardientes,
Los gratísimos ayes que apenas
Tu lengua regalada
En los transportes del amor más fino,
Sonaba, herida de su ardor divino;
Hoy de las penas, de las ansias graves,
De las zozobras que en el alma sientes,
Son efecto infeliz... ¡Desventurado!
Ni aun ya dudarle á mi dolor es dado.
Tus ojos, tu tristeza, tu caído
Semblante, de llorar desfallecido,
Tu débil anhelar, ese quedarse
Cual muda estatua, y súbito inflamarse
Cual la grana más viva;
Ese buscarme y evitarme esquiva,
Obstinada en callar, todo descubre
El mal agudo que tu pecho encubre,
Que sus ternezas ominoso impide,
Y en partes mil, lidiando, lo divide.
¡De dó, empero, este mal? ¡qué te desvela?
¡Qué tiembla ya el honor, ni qué recela,
Cuando á la sombra de mordaz censura,
El aura del amor más blanda aspira
A nuestra feliz llama,
La luz sucede á la tiniebla oscura
Y el cielo eterno bien nos asegura!
¡Mercedá tu ira
La fe constante que mi pecho inflama,
Y absorto en tí, de todo me enajena!
¡Te cansan ya la celestial cadena
Con que un tiempo se unieron
Nuestras dos almas, y felices fueron,
Los dulces himnos que en ternura iguales
Con los del Teyo, armónica mi lira
Modular sabe, porque Amor la inspira,
Y á los dioses te allegan inmortales!
¡Ay! no; perdon, amada,
Perdona al dolor mio
Blasfemia tal, tan ciego desvario,
Y á tu alma torne la quietud robada.
No más tu pecho dolorido gima,
No más el mio oyéndolo se oprima;
No más... ¡Pero de nuevo,
Cuánto más fino á consolarte pruebo,
Vuelves á suspirar sólo al mirarme!...
De una vez, cruda, acaba de matarme.
Mas deja en tanto al labio apasionado
Que tu suspiro celestial aliente;
Benigna deja que en el hondo seno
Lo ponga reverente,
De mil y mil que exhalo, acompañado,
¡Oh corazón de sus encantos lleno!
Recíbelo feliz, y en el glorioso
Trono do reina mi Fany querida,
Do afable dulces leyes le prescribe,
Y á par tus votos sin cesar recibe,
Ponle; y por siempre tu sin par fineza,
Tu lealtad y desvelo cariñoso,
Tu ciego ardor, tu voluntad rendida,
Tu pura fe, tu natural llaneza,

Y cuanto haya en amor de más divino,
Ante él lo ofrece en holocausto digno,
Y tú calma, mi bien, tan cruda pena;
Ria en sus gracias tu beldad serena.
Alienta, alienta, y mi dolor no agraves;
Alienta, y no la gloria
En que inundarme afortunado siento,
Destruyas, ó el futuro sentimiento
Despiertes hoy, aleve,
En mi exaltada, mi vivaz memoria.
En las desdichas que amagarnos sabes,
Deja este espacio breve,
Déjalo, Fany, á mi fugaz ventura,
Y goce yo sin nieblas tu hermosura,
Gócela fino; á mi cariño deja
Crédulo abandonarse á los suaves
Inefables encantos
Con que el desce lisonjero aleja
El fatal plazo de dolor y llantos,
Y ardiente apure mi felice boca
El dulce cáliz que su sed provoca.

No en mi ilusión me afijas, que inhumana
Vendrá ¡oh dolor! la ausencia;
La ausencia, Fany, cuyo espectro odioso
Contino asusta á nuestro amor dichoso,
A ejecutar bien presto
Del hado en mi la bárbara sentencia,
Y en sañudo ademan, torvo semblante
Con violencia tirana,
Voz imperiosa y diestra menazante,
Léjos de tí me arrastrará..... ¡Funesto
Recuerdo, trance horrible, Fany mia,
Que yo haya de partir; que mi ventura,
Tan dulce union, tan íntimos amores,
Tan claro día, tan divinas flores,
Hayan de fenecer! ¡ay! aquel día,
Día de duelo y luto y amargura,
Tú llorarás tambien; con tus plegarias
Las raudas horas á mi bien contrarias
Anhela parar; bárbaro, impio
Al cielo llamarás; del cuello mio
Queriendo en vano desatar tus brazos,
Perdida huir mis últimos abrazos.

Y solitaria, misera, cuidosa,
Vagarás por la estancia pavorosa
Con planta vacilante,
Espíritu azorado y vista errante,
Llamando en débil voz, en grito triste,
Al que no há nada á tus rodillas viste,
Ciego en su amor, perdido, enajenado,
La cabeza en tu seno reclinada,
Cantar apasionado
Su eterna fe, tu llama regalada;
Y entónces abismado, confundido,
Miseró, desolado, sin sentido,
Pedirá en vano, anhela la muerte,
Cual blando alivio á su infelice suerte.

Los ayes, pues, el suspirar quejoso
Con que afliges mi pecho,
A otros suspiros y zozobras hecho
En los delirios de un amor dichoso,
Déjalos, Fany, á la ominosa hora
Del adios triste que á la par tememos;
Y hoy en delicias crédulos goceos
Del fugaz rayo que áun los montes dora.

SILVA III.

FANY ENOJADA.

¡Será posible, idolatrado dueño,
Que contra un inocente
Dure en tí siempre el implacable ceño?
Mírote y tiemblo; ardiente solicito
Tu gracia, y me baldonas inclemente.
Callo, y tu lado respetuoso evito,
Y huyendo, injusta, á mi pesar te irrito.
Vuelvo, y te agitas más; ¡en cuántas iras
Arden tus lindos ojos si me miras!
¡Por qué tanto rigor, tan fiero encono?
¡Por qué, Fany adorada,
Tras ruegos tales desdenarme airada,

Con gesto tal y tan amargo tono?
¡Me cesarás de amar! ¡Los celestiales
Juramentos que hiciste,
Los que á mi labio apasionado oiste,
Si en fe más puros, en delirio iguales,
Se pueden quebrantar? ¡El dulce encanto
De tus tiernas caricias
Se acaba para mí! ¡Serán mis males
Con tu rigor eternos,
Y eterno mi llorar tus injusticias!
Duélete ¡oh cruda! de mi amargo llanto;
Duélete, y cariñosa

Vuelvan tus ojos á mirarme tiernos,
Tu suave boca á articular donosa
El idioma de amor; finos tus brazos
Cifian mi cuello en deliciosos lazos,
Tu pecho celestial abrase el mio,
Y acabe, acabe, ese rigor impio.
Acabe ya, que la implacable saña
Ni al tierno Amor, ni á Ciprida conviene;
Todo en el mundo sus mudanzas tiene,
Y encono tanto á tu hermosura daña.

Te idolatro, y mis dudas
Son nobles hijas del amor más fino,
De este amor puro, celestial, supremo,
Que hará por siempre mi feliz destino,
Y así perderte á cada punto temo.

Si tú, mi bien, amases
Cual yo sin seso tu beldad adoro;
Si tu pecho inclemente
Sentir pudiera mi pasión ardiente,
Y cual misero peno, tú penases,
La gracia hicieras que rendido imploro.

Benigna disculpáras
Mi enojo ciego, mi furor demente,
Mi error celoso y las palabras rudas,
Que á tu dulzura angelical compáras,
Y que en mi oído sin cesar sonando,
Flechas semejan rápidas, agudas,
Que impía disparas á mi pecho triste;
Y por mi llanto mi dolor juzgando,
Por este llanto ciego
Con que hoy tus plantas dolorido riego,
Y antes de gozo derramar me viste;
En lugar de asperezas,
Y ese tu ceño indómito, ominoso,
Que indigno anubla tu semblante hermoso,
Solicita dobláras tus finezas
Y amorosos consuelos,
Feliz castigo en mis soñados celos.

Pero tú, Fany fiera,
Tú anhelas sólo que en mis ansias muera
Y así en ellas te gozas de mirarme,
Burlándote, cruel, de mi tormento,
Y yo infeliz sin fruto me lamento.....
Perdon, perdon, ó acaba de matarme.

Si horrisona tormenta
Cubre en tiniebla el día,
La luz y la alegría
Vuelve riente el sol.
Mírete yo contenta,
Caiga tu ceño oscuro,
Y alentará seguro
Mi afortunado amor.

SILVA IV.

EL CUMPLEAÑOS DE FANY, HABIENDO DE DEJARLA
DENTRO DE BREVES DIAS.

Ya entre arreboles la risueña aurora
Cielos y tierra de su albor colora;
De nuevas flores se engalana el prado,
Y el viento bulle, en ámbares bañado.

Fany, amable Fany, en rauda vuelo
Fausto nos vuelve el cielo
De tu feliz natal el claro día.

Las aves en acorde melodía
Proclamándolo van..... ¡Oyes, amada,
Sus trinos armoniosos,
De tu nombre los vivas deliciosos?
Tus años son, ¡oh suerte afortunada!

Tus años, de tu vida
El oriente feliz, Fany querida,
Loco de gozo, embebecido todo,
Mi fina llama, mi sin par ternura,
Por más que encarecértelo procura
Mi cariñoso labio, no hallan modo
Como este día celebrar; quisiera
Que tu pecho inundar dado me fuera
Del júbilo, mi bien, que inunda el mio,
Y embriagarlo en su angélico contento.

Tierno quisiera el fugitivo plazo
Que el cielo ¡oh cara! me destina pio,
Al de tu vida unir, unir mi aliento
Y en delicioso indisoluble lazo
Hacer que por entrambos tú aspirases,
Y, yo acabando, de mi sér gozases,
Entónces ¡ay! en mi delirio ardiente,
Reclinado en tu seno blandamente,
¡Cuán alegre muriera,

Y á vida más feliz en tí naciera!
Fin tan delicioso,
De tí acariciado,
No, dueño adorado,
No fuera morir.
Extasis glorioso
De dulces amores
Fuera en mil ardores
Por siempre vivir.

Esta cadena misteriosa que une
Nuestras almas amantes,
Más cada vez en su pasión constantes,
Que de ambas con suavísima armonía
En solo un punto el anhelar reúne,
Y un solo pensamiento,
Siempre á mi gusto tú, yo al tuyo atento,
Su firme nudo aun más estrecharía,
Y un solo sér de nuestro sér haría.

Nuestros dos pechos, sin jamas saciarse,
Amáran siempre para más amarse.
Feliz sintiera cuando tú gustáras;
Con tus suaves afectos mi ternura
Natural excitáras;
Néctar fuera en mis labios tu dulzura,
Despertáran mis llamas tus ardores,
Tu timidez amable mis temores,
Y venturoso fuera en tu ventura.

Unida á la planta
Que fiel la sustenta,
La hiedra alimenta
Su humilde raíz;
Y ufana levanta
Sus tiernos pimpollos
Hasta los cogollos
Del árbol feliz.

Yo dejara de ser, pero en la vida
De mi Fany querida
Tornára á florecer: ¡oh, si me oyese
El cielo, y luego mi querer cumpliese!
¡Qué en vano, idolatrada, la aspereza
De la suerte envidiosa
Atribulára entónces mi fineza,
Ni en medio mi delirio apasionado
Me vieras siempre en dudas abismado!
¡Qué en vano, ay triste, la memoria odiosa
De tener que, ausentándome, dejarte,
Y á un bárbaro opresor abandonarte,
Atosigára mi doliente seno,
Aun en tus brazos de zozobras lleno!
¡Qué en vano, en fin, el ansia de perderte,
Muy más amarga que la misma muerte,
Hoy á anublarne en mi gozar vendría,
Ni el vuelo á mi esperanza cortaría!

¡Quién te arrancára
Del lado mio,
De tu albedrío
Fiero opresor!
¡Quién me privára
De las delicias
Que en tus caricias
Me brinda Amor?

Un sér con tu sér hecho,
Y en nudo celestial á tí ayuntado,

Nudo de amor, dulcísimo y estrecho,
Tú aspiráras mi aliento apasionado;
Yo inflamára tu angélica ternura,
Y embebecido, loco en mi ventura,
Cuanto ansio ciego sin cesar gozando,
Feliz mi llama se alentára amando;
Y cuanto más ardiera, más gozára,
Y gozando sin fin, sin fin ansiára;
Ni nada, dulce bien, nada temiera.
Cuando ora acaso en la celeste esfera
El sol no acabará su presto giro,
Y léjos de tí..... ¡oh Dios,....! perdon, amada;
Permite á mi dolor solo un suspiro,
Y años mil te haga el cielo afortunada.

Sobre tu amable vida
Plácido el tiempo gire;
De la vejez retire
Léjos de tí el horror.
Siempre en niñez florida
Brillar tus gracias veas;
Siempre adorada seas,
Siempre pagues mi amor.

SILVA V.

Á LAS MUSAS.

Perdon, amables Musas; ya rendido
Vuelvo á implorar vuestro favor; el fuego
Gratas me dad con que cantaba un día
Las dulces ansias del amor más ciego,
O de la ninfa mia
Las gratas burlas, el desden fingido,
Y aquel huir para rendirse luego.
El entusiasmo ardiente
Dadme en que ya pintaba
La florida beldad del fresco prado,
La calma ya en que el ánimo embargaba
El escuadrón fulgente
Que en la noche serena
El ancho cielo de diamantes llena,
Deslizándose en tanto fugitivas
Las horas, y la cándida mañana
Sembrando el paso de arrebol y grana
A Febo luminoso.
¡Ah Musas! ¡qué gozoso
Las canciones festivas
De las aves armónico siguiera,
Saludando su luz el labio mio!
Ora mirando el plateado río
Segar ondisonante en la ladera;
Ora en la siesta ardiente
Bajo la sombra hojosa
De algún árbol altísimo copado
Al raudal puro de risueña fuente,
Gozando en paz el soplo regalado
Del manso viento en las volubles ramas.
Ni allí loca ambición en peligrosos,
Falaces sueños embriagó el deseo;
Ni sus voraces llamas
Sopló en el corazón el odio insano;
O en medio de desvelos congojosos
Insomne se azoró la vil codicia,
Cubriendo su oro con la yerba mano.
Miró el más alto empleo
El alma sin envidia; los umbrales
Del magnate ignoró, y á la malicia
Jamás expuso su veraz franqueza.
De rústicos zagales
La inocente llaneza
Y sus sencillos juegos y alegría,
De cuidados exento,
Venturoso goce, y el alma mia
Entró á la parte en su hermanal contento,
La hermosa juventud me sonreía,
Y de fugaces flores
Ornaba entónces mis tranquilas sienes,
Mientras el ardiente Baco me brindaba
Con sus dulces favores,
Y de natura al maternal acento
El corazón sensible
En calma bonancible,